

imágenes para la devoción popular, se propuso ejecutar libros grabados que con frecuencia eran la reproducción de los manuscritos antiguos, y fueron realmente el origen verdadero de la imprenta, puesto que esta invención, tan célebre en la historia, consistía únicamente en reemplazar con caracteres y tipos móviles las letras fijas de las planchas xilográficas. El estudio de los primeros libros grabados demuestra claramente que estaban destinados á enseñar la religión por medio de imágenes, y con ellos se ponía el arte y la ciencia de los manuscritos al alcance del pueblo y se daban nociones á los niños acerca del simbolismo cristiano. Esos catecismos, esas letras A, B, C, D, que todos leían tan fácilmente, encierran ahora grandes arcanos para los arqueólogos más hábiles, que se ven obligados á descifrar los textos para comprender aquellas figuras y sus relaciones (*láms.* 166 y 167).

#### PROGRESO Y GRANDEZA DEL ARTE CRISTIANO

Carlo-Magno. — San Luis. — Nicolás V

Hay que reconocer una verdad fundamental é incontrastable en el arte cristiano, afirmando que Roma es su centro y su fuente, lo mismo que es la fuente y el centro de la ortodoxia. Roma ha enviado sus artistas y sus misioneros á todos los contornos de Europa, y las obras maestras y los santos que en esos países se ven deben contarse entre las glorias de la Iglesia

Madre. Ni sirve oponer Constantinopla á Roma, porque un examen serio y completo del arte bizantino demostrará que éste no ha tenido en Occidente la influencia que se le quiere atribuir, y, sobre todo, que no ha sido el maestro y modelo de las escuelas latinas. Desde luégo no puede negarse que su origen es romano.

Cuando el emperador Constantino dejó providencialmente al sucesor de Pedro la Ciudad Eterna, no encontró en las riberas del Bósforo los artistas que habían de construir y embellecer su capital, y los condujo de Italia, y fueron los mismos arquitectos que edificaron las grandes basílicas de Letrán, de San Pablo, de San Lorenzo, y las de Santa Sofía, de Santa Irene y de los doce Apóstoles. El poder y riqueza de los emperadores de Oriente multiplicaron los monumentos y dieron al arte un gran impulso; pero no le perfeccionaron, sino que, al contrario, su lujo inaudito y bárbaro fué más bien la causa de una decadencia rápida. Los griegos de Bizancio hicieron obras ricas, en vez de hacerlas bellas, defecto que se censuraba ya en uno de sus antepasados.

Su arquitectura en nada recuerda las obras maestras de Atenas; su escultura es rara y sin valor alguno; su pintura es notable solamente por sus formas hieráticas y por sus líneas severas; pero en sus mosaicos y en sus cuadros se encuentran todavía los defectos que recuerdan la facundia de sus oradores y la exuberancia de su liturgia. Sus manuscritos son preciosos y

dignos de estudio para la iconografía cristiana; pero la púrpura de su vitela, el oro de sus letras y la magnificencia de sus encuadernaciones no tienen mérito artístico, y solamente dan testimonio de su riqueza.

La gran gloria del arte bizantino es el haber tenido mártires. El furor de los iconoclastas ha hecho sagradas las imágenes de-



Lámina 167.—Jesucristo lleva al alma, su esposa, al recinto de la vida religiosa. Unos monjes hacen allí la recolección de los frutos, cuentan las espigas, las ponen en haces y las golpean; otros se ocupan en moler hierbas olorosas para extraer de ellas el jugo y los perfumes. Se ven allí los vasos que los contienen, puestos en un pequeño edificio que representa la Iglesia.—Grabado del *Cantar de los Cantares*. Siglo XV.

lante de las cuales derramaron su sangre los cristianos en testimonio de su fe; y cuando esas mismas imágenes, para librarlas del odio y de la persecución, fueron conducidas por los artistas, con sus manos mutiladas, á Italia, debieron colocarse como preciosas reliquias sobre los altares y ser objeto de una profunda veneración. Sin duda datan de esa época un gran número

de pinturas griegas que se atribuyen á San Lucas, Evangelista, médico por su profesión, y que procedían quizá de un San Lucas, pintor, que fué mártir en tiempo de los iconoclastas.

El arte bizantino ejerció cierta influencia sobre el arte en el resto de Europa, y nosotros encontramos una prueba de ello en nuestra ornamentación y en nuestras esculturas romanas; pero jamás fué preponderante esa influencia, y sería, sobre todo, faltar á la verdad el mirarle como el origen de la pintura en Italia. No dan pruebas de esa suposición los artistas griegos de Cimabué, que le emplearon en Asís, y su estilo es un argumento claro de que eran muy inferiores á los artistas de la antigua escuela italiana, que les daba hospitalidad.

En tanto que el arte bizantino decaía en medio del lujo bárbaro del Bajo-Imperio, había en Roma un arte que se desenvolvía y perfeccionaba en medio de las guerras y convulsiones que assolaban la Italia, y ese arte sabía conservar mejor que ningún otro las tradiciones antiguas. La Iglesia le había patrocinado al salir de las catacumbas, le confió la construcción y embellecimiento de sus basílicas; pero, sobre todo, cuidó de presidir su formación y educación y de prepararle para sus altos destinos; y ella, en fin, le enseñó su doctrina y su liturgia, y le hacía ejercitarse en civilizar á los lombardos. Luégo que estuvo preparado y completo vino Carlo-Magno á buscarle en los sepulcros de los Apóstoles para hacerle reinar con él sobre toda la Europa.

El verdadero renacimiento del arte en los tiempos modernos principia con la coronación de Carlo-Magno, y así lo demuestran los monumentos y la historia, que nos presentan á ese insigne emperador recibiendo de los soberanos Pontífices los maestros consumados en las ciencias y en las artes que él deseaba extender por todas partes, habiendo establecido con ese fin la escuela de artistas tan notable en su mismo palacio. El mismo emperador se hizo discípulo de ellos y llegó á ser sumamente instruído en liturgia, y, por consiguiente, logró también ser un gran artista cristiano, pues compuso el *Veni Creator spiritus* para consagrar esta nueva era, en que debía alcanzar el arte cristiano todo su esplendor y desenvolvimiento. Que se estudie la época carolingia, y se verá que debe á Roma todos sus progresos artísticos, su liturgia, su arte musical, su arquitectura, sus pinturas, sus manuscritos y hasta sus medallas.

El gran emperador recibió artistas y regalos de Constantinopla; pero no copió ni imitó el arte de Santa Sofía en las basílicas que mandó edificar en las márgenes del Rhin. Su iglesia de Aix-la-Chapelle está inspirada en los monumentos de Roma, y su mismo poder é influencia fueron los que contribuyeron á engrandecer la bella arquitectura romana, de la que no pueden prescindir ni olvidarse las maravillas que encierra nuestra arquitectura ojival. La misma catedral de Colonia nos parece que debe gloriarse más por lo que tiene de Santa María *in Capitolio* que de su propia originalidad. La urna de los Reyes Magos



Lámina 168.—Pila de agua bendita de marfil que se conserva en la catedral de Aix-la-Chapelle. Siglo X.—Es conocida con el nombre de «pila de agua bendita del emperador», porque, según una tradición, se hacía uso de ella para la coronación de los emperadores de Alemania. En su parte superior se ve á Jesucristo bendiciendo con su mano derecha y teniendo en la izquierda un libro cerrado. El personaje que está á su derecha tiene levantada la mano en señal de adoración. En la parte inferior hay unos guerreros, de pie, cada uno delante de una puerta abierta, y recuerdan este versículo del salmo: «Príncipes, abrid vuestras puertas; puertas eternas, abrid vosotras, y el Rey de la gloria entrará.»

es quizá la obra maestra más perfecta que la platería, inspirada del Cristianismo, haya producido en trabajos de arquitectura, de ornamentación y de estatuaria.

Alemania podía muy bien haber conservado el cetro del arte cristiano que la había dado Carlo-Magno; pero, desgraciadamente, le perdió en sus luchas injustas contra el Pontificado, y por esa causa fué Francia la que se apoderó de él. Durante el penoso período de la invasión normanda, salvaron los monasterios los elementos de la civilización, y fueron preparando, por medio de la liturgia, del estudio y de las ciencias, el renacimiento del arte. Los reyes de la tercera dinastía volvieron á emprender y continuar la obra de Carlo-Magno; Roberto el Piadoso se apasionó, como dicho emperador, por todos los oficios y cosas de la Iglesia; y en una peregrinación que hizo á Roma el año 1020, se le vió ofrecer como un presente regio, en la misa celebrada por el supremo Pontífice, un Responsorio compuesto y ordenado, con notas musicales, por él en honor de San Pedro, cuyo Responsorio fué adoptado y cantado en toda la Iglesia (Dom Guéranger, *Inst. lit.*, t. I, pág. 300). Los Obispos favorecían y auxiliaban por todas partes ese movimiento artístico; Fulberto de Chartres y Mauricio Sully, de París, edificando sus catedrales y componiendo sus admirables armonías, dieron testimonio de su amor á las artes. Los milagros de la música antigua se veían renovar; los muros de los templos se edificaban entre los acentos del canto gregoriano, y se veía salir todo un mundo de estatuas bajo la acción del cincel de los escultores.

Francia iba á presenciar y entrar en posesión de su gran siglo, y Dios tomaba en uno de sus monasterios el hombre de

genio que debía dar libertad á su Iglesia. Éste era Hildebrando, quien, después de haber luchado, en unión con los Pontífices en cuya elección canónica había tomado parte, contra los abusos y usurpaciones imperiales, fué elevado á la Silla apostólica, y desde ella sostuvo ardientes batallas á favor de la justicia. San Gregorio VII murió en el destierro; pero de su sepulcro salió libre y triunfante la Iglesia y fué la reina de la civilización, pues en lo que primeramente empleó aquél su influencia y su poder fué en unir á los pueblos cristianos y en oponer esta unión contra las huestes invasoras y destructoras del Islamismo. Á la voz de Urbano II y de San Bernardo se aprestaron los príncipes con sus armadas para libertar la Tierra Santa; sus pendones victoriosos ondearon sobre las murallas de Jerusalén, aunque, desgraciadamente, sus ambiciones y rivalidades, por una parte, y por otra, la perfidia de los griegos, hicieron bien pronto fracasar tan noble y grandiosa empresa.

Cualquiera que haya sido el éxito y fruto de las Cruzadas, es preciso reconocer que para toda la Europa, pero, sobre todo, para Francia, fueron de resultados admirables, porque dieron al comercio y á la navegación un impulso extraordinario, adquirieron para la ciencia los manuscritos conservados por los griegos y traducidos por los árabes é imprimieron, en fin, á todas las artes un movimiento y desarrollo increíbles.

El Cristianismo parecía recobrar una nueva vida y lanzarse hacia el porvenir por todas las vías del progreso verdadero; y

para dirigirle, Dios mismo le prodigaba hombres eminentes y grandes y esclarecidos santos. Inocencio III coronó la obra de Gregorio VII, y su autoridad, reconocida por todos los príncipes, protegió las leyes y principios de la moral y libertad de los



Lámina 169.—Claustro del convento de San Marcos (siglo XV), célebre por los frescos que contiene, debidos al pincel de Fra Angélico y de Fra Bartolommeo della Porta, y también por las predicaciones de Savonarola; hoy convertido en local para la Academia italiana della Crusca.

pueblos contra los poderosos que pretendían oprimirlos. San Francisco y Santo Domingo, apóstoles ambos de la verdad, crearon legiones á propósito para combatir el vicio y el error; Santo Tomás de Aquino y San Buenaventura escribieron en síntesis admirables todos los conocimientos divinos y humanos,

y San Luis, en fin, hizo que brillase su trono con el esplendor de todas las virtudes y de todas las glorias legítimas, hasta el punto de que ninguno le superase en justicia, legalidad y valor. Ese santo rey fué, á la vez, el más dulce y el más esforzado y heroico cristiano de su siglo, y no se sabe si admirarle más en el puente de Taillebourg, ó al pié del roble de Vincennes; en medio de la magnificencia de su corte, ó vencido, cautivo y muriendo sobre las costas del África.

Este insigne monarca, que con los piés desnudos llevaba en sus manos la corona de espinas, que servía personalmente á los pobres y enterraba á los muertos en la peste, brillaba y se presentaba grande y admirable lo mismo cuando daba consejos que cuando se ponía á la cabeza de sus ejércitos. Los reyes y los pueblos le tomaban por árbitro, y elevó la Francia al primer rango entre todas las naciones. Jamás la Francia ha ejercido una influencia más noble ni más poderosa que la que ejerció bajo su reinado. Sobre todo, el arte cristiano le debe sus progresos más rápidos y su desenvolvimiento más hermoso; y la arquitectura llegó á la mayor perfección por razón de su elegancia, por la pureza de sus formas y también por la ciencia prodigiosa revelada en sus construcciones, que bajo ese punto de vista fueron muy superiores á las antiguas.

Esa primacía artística de Francia decayó bajo el reinado de los sucesores de San Luis, y se vió que el siglo XIV gastó en caprichos y ornamentaciones todas las riquezas que el arte ha-

bía adquirido. La decadencia fué, sobre todo, más notable cuando la hija primogénita de la Iglesia faltó á los deberes que tenía hacia el Papado, y quiso tenerle cautivo, para provecho y egoísta especulación de ella, en las márgenes del Ródano. Entonces conquistó Italia el primer puesto, y dió al arte cristiano, con su inspirado pincel, su corona más luminosa y brillante.

¿Cómo es posible hablar en pocas líneas de la pintura italiana, cuando sería necesario escribir grandes volúmenes para darla á conocer? Por de pronto débese recomendar encarecidamente la excelente obra de M. Río, si bien sintiendo que no haya tratado en ella ese asunto con más unidad, pues en lugar de separar las escuelas, dándonos monografías admirables de ellas, podía muy bien, con sus conocimientos históricos y su notable talento, haberlas relacionado todas con los acontecimientos contemporáneos, y habernos mostrado, en sus mismas diferencias y rivalidades, su influencia recíproca y su fraternidad. Las escuelas no principian á tener diferencias hasta la época del Renacimiento, que fué cuando los artistas se decidieron á seguir un maestro dado para imitar sus formas, sus diseños ó su color; pero, en la Edad Media, tenía el arte la unidad que le inspiraba la Iglesia misma; y no había más que un solo fin, que era el que tan clara y sencillamente proclamó Buffalmaco en estas palabras: «Nosotros no queremos otra cosa que pintar santos y santas en nuestros frescos y en nuestros cuadros, á fin de combatir á los demonios y de hacer mejores á los hombres.»

Y todos los artistas unían sus esfuerzos y sus medios para llegar á ese fin.

Hemos visto á la pintura salir de las catacumbas y decorar y hermohear nuestras basílicas con esos mosaicos tan justamen-

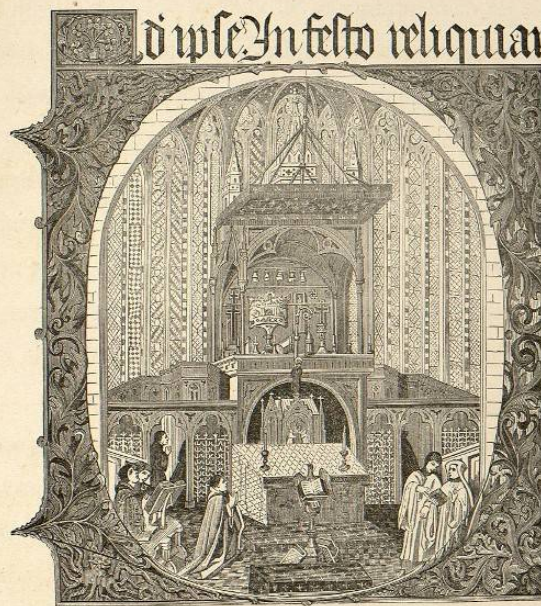


Lámina 170.—Altar mayor de la Santa Capilla de París durante la exposición de las santas é insignes reliquias de la Pasión de Nuestro Señor.—Miniatura de las *Horas de Juvenal de los Ursinos*, manuscrito del siglo XV, cedido por M. Ambrosio Firmin-Didot á la ciudad de París y quemado en el año 1871 en el incendio de la Casa de la Villa (*Paris y sus historiadores*).

te nombrados por Ghirlandaio *la verdadera pintura para la eternidad*. No fueron rápidos sus progresos por causa de las desgracias de la Italia durante la invasión de los lombardos y de las luchas del imperio contra el sacerdocio; pero se le ve, sin

embargo, adelantar de siglo en siglo en los monumentos y en los manuscritos, y fácilmente se distingue en él un estilo muy independiente del arte bizantino y aproximándose mucho más que éste al arte antiguo por razón de la sencillez de sus líneas y por la nobleza de su composición. Su vuelo y desarrollo datan principalmente de la formación de las repúblicas italianas, protegidas por los Papas contra la opresión alemana y la feudal. Florencia, Pisa, Siena, Génova y Venecia, merced á su comercio y á su organización popular, llegaron rápidamente á un apogeo y prosperidad increíbles. Había entre esas ciudades una emulación útil y fecunda en monumentos bellos, y, entre otras aspiraciones laudables de que estaban animadas, era la de ver cuál de ellas podía granjearse la dicha y la gloria de poseer la mejor y la más espléndida y magnífica catedral, para cuyo fin no perdonaban sacrificio alguno. Con ese objeto daban á los artistas programas semejantes al del pueblo de Florencia cuando se trataba de construir en ella la basílica de Nuestra Señora de las Flores, el cual estaba concebido en estos términos: «Mandamos y ordenamos á Arnolfo, arquitecto de nuestro municipio, que forme el proyecto para reconstruirla con tal grandeza y magnificencia, que ni el arte ni todo el poder humano puedan imaginar cosa alguna más bella y más grandiosa.»

El progreso de la pintura principió en Italia, como en otras partes, por el de la escultura. La escuela de Pisa perfeccionó la forma por medio del estudio de la antigua, ya conocida, y de

la naturaleza. Las obras primeras de Nicolás de Pisa son imitaciones claras y evidentes de bajo-relieves antiguos, cuyas figuras y disposiciones estaban á la vista; pero en los trabajos que seguidamente ejecutó en Nápoles, Siena y Bolonia, se distingue por alguna influencia del arte francés, que había invadido la Italia por el Norte y el Mediodía con los artistas alemanes ó con los príncipes de la Normandía y de Anjou. Sus discípulos, y principalmente Andrés de Pisa, contribuyeron poderosamente á sacar de nuevo la antigua escuela italiana de su rutina secular.

Giotto inauguró verdaderamente en Italia una nueva era para la pintura, y debió esa gloria á San Francisco de Asís. La inscripción franciscana que él pintó sobre su sepulcro emancipó el arte de sus composiciones hieráticas. Era preciso estudiar la verdad histórica, la fidelidad de las costumbres y la variedad de las expresiones para representar los sujetos contemporáneos, y todo eso lo hizo Giotto con un talento incomparable, habiendo dado á la pintura con su ejemplo un impulso prodigioso. Él recorría conquistando toda la Italia, dejando por todas partes obras maestras y discípulos aventajados y estableciendo esos grandes centros de progreso en donde habían de sucederse generaciones de artistas para pintar los grandes poemas en honor de Nuestro Señor y de los santos, de cuyas producciones artísticas dan testimonio Asís, Florencia, Padua, Nápoles y el Camposanto, en donde las maravillas del arte cristiano brillan todavía por su unidad y por su variedad. Todas las escuelas dan su

nombre y se aflian á ese gran movimiento. Simón Memmi, Buffalmaco, Taddeo Gaddi, Lorenzetti, Giotto y el gran Orcagna, que era arquitecto, escultor y pintor, como Miguel Án-



Lámina 171.—San Francisco de Asís, en compañía de otro religioso, predica á las aves, las cuales le escuchan mientras las dice: «Pequeños pajaritos, vosotros, hermanos míos, tenéis mucha razón en cantar las alabanzas de nuestro buen Dios, porque así admiráis conmigo lo que Él ha hecho por vosotros.»—Cuadro de Giotto que se conserva en el Museo del Louvre. Siglo XIV.

gel, pero mucho mejor artista cristiano que él. Todos esos genios adelantaban, progresaban en perfección y preparaban la época bellísima, que fué la del verdadero renacimiento del arte en Italia.

Un Papa fué el que promovió ese progreso y el que mereció, mucho mejor que León X, dar nombre á su siglo. Nicolás V, después del concilio de Florencia, en el que la Iglesia, gozando de paz, recibió los homenajes del Oriente, fué el que quiso hacer de Roma la capital de las ciencias y de las artes. Al efecto llamó á ella á los sabios, á los artistas y á los santos, mereciendo estar él á la cabeza de ellos por sus méritos, por su talento y por sus virtudes. La ciencia le había elevado á la suprema dignidad, y vió siempre en ella un auxilio útil y poderoso para la religión. Su obra predilecta era la formación de bibliotecas, y la del Vaticano le debe sus primeras y principales riquezas; compraba, para aumentarla, los manuscritos á peso de oro, y no temía el estudio de las obras profanas de la antigüedad, porque los testimonios y pruebas de la historia no podían perjudicar jamás á la verdad.

Asimismo protegió también con celo é inteligencia las artes; restauró los monumentos, decoró y embelleció las iglesias y proveyó á todas las necesidades del culto con una magnificencia admirable. Él tuvo el pensamiento de un plan gigantesco para el Vaticano, y quería hacer de él el Capitolio del mundo cristiano; pero, desgraciadamente, la muerte cortó sus proyectos, y solamente pudo hacer los cimientos de la basílica de San Pedro. Tan luégo como compareció en la presencia de Dios le daría solemnemente gracias por la capacidad y beneficios que de su infinita bondad había recibido, los cuales había empleado



en promover su mayor gloria. Nadie hubo tan apto y tan capaz como Nicolás V para dirigir su siglo por el camino del progreso y para conducir hasta su mayor perfección el movimiento del Renacimiento.

Este Renacimiento está personificado en tres artistas, los cuales dan á conocer sus ventajas y sus peligros. Brunelleschi, por medio del estudio de los monumentos antiguos, devolvió á la arquitectura italiana su carácter nacional. El estilo ojival no había sido en Italia más que una importación extranjera, y, á pesar del talento de los grandes arquitectos, que le habían empleado durante el siglo XIII y el XIV, no produjo jamás edificios que pudieran compararse con las catedrales de Francia. Brunelleschi restableció el arco romano, cuyo origen era etrusco y romano; él reedificó la antigua basílica de Constantino, dándole cierta esbeltez y hermosura y algunas condiciones propias de las iglesias de la Edad Media. El templo del Santo Espíritu es un progreso sobre Santa María de las Flores, de cuya terminación fué encargado el mismo Brunelleschi.

La influencia de Ghiberti sobre la escultura fué ménos feliz, por más que la llevase á una verdadera perfección. La hizo demasiado independiente de las líneas de arquitectura, y áun la extravió en el dominio de la pintura por causa del relieve, por el movimiento de sus figuras, por la degradación de sus planes y por sus fondos llenos de paisajes. Las puertas principales del bautisterio de Florencia son una obra maestra bajo el punto de

vista del cincelado y de la composición; pero nos inclinamos á creer que los griegos hubieran dado la preferencia á la sencillez y á la nobleza de los bajo-relieves de Andrés de Pisa, que Ghiberti se había propuesto superar.

El movimiento del Renacimiento fué sensible hasta en las pinturas de Masaccio. Este joven artista, al llegar á Roma, pintó en la capilla de San Clemente la historia de Santa Catali-



Lámina 172.—La Esperanza.



Lámina 173.—La Fortaleza.

Bajo-relieves en bronce de la puerta del bautisterio de Florencia, por Andrés de Pisa, que datan del siglo XIV.

na, que ofrece toda la pureza y todas las bellezas de la antigua escuela cristiana; pero se apasionó demasiado por las maravillas de la antigüedad, á la que pretendía entregar de nuevo la Ciudad Eterna; y, á su vuelta á Florencia, continuó la capilla *del Carmine*, en donde principia á desaparecer el pensamiento religioso bajo las invenciones de la forma y las pretensiones del naturalismo. Masaccio fué el precursor, por no decir el maestro, de Rafael. Su composición de *San Pedro pagando tributo al*

*César* es una de las que ha debido admirar y estudiar más el discípulo de Perugino.

Esos tres artistas del Renacimiento, Brunelleschi, Ghiberti y Masaccio, tuvieron por contemporáneo y amigo suyo á un santo religioso, que no era inferior á ellos en talento, pero que les superó en ser más fiel á las tradiciones del arte cristiano. Fra Angelico de Fiesole se aprovechó de todos los progresos que en la primera mitad del siglo XV hicieron la arquitectura, la escultura y la pintura, en Roma y en Florencia; y estudiando con cuidado sus obras, se nota en ellas cómo se fué aumentando su genio y su talento, permaneciendo su ideal siempre el mismo, sin que se extraviase en sus aspiraciones y pensamientos, soñando glorias y alabanzas. Nada pudo separarle de Jesucristo, y su pintura continúa siendo una enseñanza científica y una perenne plegaria, pudiendo asegurarse que en el porvenir será siempre el modelo y el tipo perfecto del artista cristiano.

#### EL RENACIMIENTO.—DECADENCIA DEL ARTE CRISTIANO

Al decir que el Renacimiento es la época de la decadencia del arte cristiano, combatimos una de las opiniones erróneas que han gozado de mayor crédito en la historia. Se cita el siglo XVI como una de las glorias de la Iglesia; le dió su nombre un Pontífice, y parece como si fuera una impiedad el negar el mérito religioso de las obras de Rafael y de Miguel Ángel.

Sin embargo, nos separaríamos de los principios que hemos formulado si no encontrásemos en las doctrinas del Renacimiento la causa de la ruina del arte cristiano.

Ante todo conviene saber lo que significa la palabra Renacimiento. Después del nacimiento de Jesucristo, ¿qué es lo que podía renacer en orden á lo bello y lo perfecto? ¿Son acaso la moral, la verdad, la justicia, las ciencias ó las artes? ¿No había, pues, el Cristianismo esclarecido las inteligencias, purificado las costumbres, mejorado la legislación, protegido el derecho contra la fuerza y defendido y patrocinado la libertad? Los conocimientos humanos se habían propagado y engrandecido con las luces de la ciencia divina, y los monasterios valían más y eran superiores á las escuelas de Atenas y de Roma. Habían reinado Carlo-Magno y San Luis; la arquitectura, la escultura y la pintura habían progresado asombrosamente hasta fines del siglo XV, y todos los grandes artistas del Renacimiento eran discípulos de los esclarecidos maestros que les habían precedido.

¿Qué es, por lo tanto, el Renacimiento, que tuvo por cuna á Florencia y por sus patronos y protectores á los Médicis? Fué realmente el renacimiento del paganismo en las costumbres, en la literatura y en las artes. El espíritu humano se apasionó por las obras clásicas de la antigüedad, y, guiado del orgullo que le inspiraron sus progresos y descubrimientos, se negó á reconocer la autoridad de la Iglesia, se declaró independiente y juez árbitro de toda doctrina, quiso sujetar al mismo